

JUAN FRANCISCO FERRÉ

EXORCISMOS



Primera edición: Marzo de 2020

Del texto: © Juan Francisco Ferré, 2020

De la cubierta: © Francisco Buenavida, 2020
www.instagram.com/francisco_buenavida

De esta edición

© Macleín y Parker, 2020
Pasaje Lagunas de Ruidera, 6
41701 Dos Hermanas, Sevilla
www.macleinyparker.com

Edición y corrección: Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación: Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión: Estilo Estugraf Impresores, S.L.
Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m²
Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-121471-1-7

Depósito Legal: SE-443-2020

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

¡Oh, Kitty, qué bonito sería si consiguiéramos entrar en la Casa del Espejo! ¡Estoy segura de que contiene cosas preciosas! Finjamos que existe alguna manera de atravesar el espejo. Finjamos que el cristal se vuelve blando como la gasa y podemos atravesarlo.

LEWIS CARROLL

Ojos para los fuegos de la concupiscencia, orejas para abrirlas a los malos discursos.

PIERRE KLOSSOWSKI

BAD ROMANCE



*I want your love and I want your revenge.
I want your love, I don't wanna be friends.*

LADY GAGA

¿Qué hace este mono peludo en lo alto del Empire State?, se pregunta una voz viril sobrecogida por la patética escena. ¿Cómo explicarlo en estos momentos críticos?, le replica una voz femenina algo escandalizada. Como si una parte esencial de la comedia de los sexos fuera a representarse en este escenario insólito, contamos con dos espectadores de excepción para esta cita fallida. Es la noche más salvaje del año, según algunas viejas almas puritanas, y todas las memorias y todas las fantasías se revisten de imágenes reales o virtuales, de fantasmas de otro tiempo y organismos cibernéticos de un porvenir improbable en que hombres y mujeres habrán olvidado la dulzura del contacto, la delicadeza de una caricia, la ternura de un roce, la lasitud que acomete a la carne una vez que ha sucumbido a su inveterada inercia. La historia no pone en cuestión estas nociones, solo pretende ofrecer algo de entretenimiento y también de instrucción gratuita. Una

enseñanza, aunque alegre, no menos satisfactoria y útil.

Dónde y cuándo se conocieron o cómo intimaron es mucho más fácil de abordar ahora, como es natural, que plantearse de antemano cómo podría terminar todo esto. El rascacielos ha sido acordonado por la policía, así que es difícil imaginar de qué modo ella, si esa fuera su intención, podría abrirse camino hasta él, aunque tal vez ese detalle sea el menos importante de todos. El caso es que él permanece solo subido ahí arriba, en la terraza desierta que no le despierta ninguna sospecha pero sí una vaga melancolía, un atisbo de las gélidas noches del desierto oriental, arrebuñado en el saco de dormir la víspera de una operación militar decisiva para el curso de la guerra, según la retórica de los mandos. Se conocieron en otra multitudinaria celebración de fin de año, durante un permiso, en un bar de la calle 14 atestado de borrachos con y sin uniforme y de muchachas desinformadas que increpaban a los soldados por su participación en una guerra inícuca y donaban sus labios y sus besos a civiles que recibían esas señales de protesta como bendiciones carnales que nunca les comunicarían a sus novias o esposas, y no solo porque muchos no las tenían, sino porque la guerra, ya se sabe, vuelve reservado al hombre y desvergonzada a la mujer, lo dicen todos los manuales oficiales que estudian esta clase de cosas desde la antigüedad. El decimonónico *Tractatus De Femina Vita*, del general P. J. Spaulding, por ejemplo, donde se describe la actitud que la hembra generosa debe mantener ante el macho belicoso en caso de que el supremo jerarca de la nación declare en público su intención de arremeter, en el tablero de ajedrez de la

sociedad internacional, contra un sátrapa con excesos de testosterona en ese saco colgante de grasa que todavía denomina cuerpo por un desliz de lenguaje que no sería fácil de traducir a ninguna de las lenguas vigentes a este lado (el más civilizado, por cierto, Spaulding *dixit*) del meridiano de Greenwich...

Antes de nada, por tanto, urge hacer las presentaciones. La leyenda dice que Ann Darrow era rubia como un amanecer en Hawái, con una copa de Moët & Chandon sostenida en una mano con negligencia veraniega y una pitillera dorada en la otra, el cigarrillo encendido consumiéndose entre los labios como una promesa de amor difícil de colmar. Muy delgada, alta, de cintura ondulante, así era para la eternidad de un instante incombustible el retrato robot de Ann archivado en algunos despachos corporativos. Una cara bonita y unas grandes *****. Bueno, ya se imaginan qué. En fin, digamos por corrección que estaba dotada de unos potentes dispositivos de seducción frontal que enloquecieron al apuesto marine Carl Denham en cuanto la vio volverse en la barra para pedirle que la invitara a un trago. Qué escaso romanticismo el de estos tiempos conflictivos en que el hombre está en guerra con la mujer y la mujer con el hombre, el padre con la madre y viceversa, y los hijos entre sí y a su vez contra los padres, que están en guerra por su cuenta con el vecino, el banquero o el sacerdote, todo el mundo en guerra, una guerra sin cuartel, una guerra costosa y cruenta, sobre todo, debió decirse Denham al sumergir su mirada en el escote superlativo y luego en unos ojos negros, cercados como un objetivo estratégico en un mapa militar, que le

recordaron las noches del desierto, insomne bajo las estrellas hostiles, antes de que le recordaran los ojos de su madre, muerta hacía unos años en lamentables circunstancias.

No solo la invitó a beber, como le pedía, sino que le brindó una sonrisa insinuante con la que consiguió convencerla de su capacidad de resolución y sus ambiciones inmediatas. Brindaron con champán para celebrar el azar del encuentro y bailaron cualquier canción que sonaba, sin importar su vigencia o ritmo, en esta ruidosa cantina aficionada al *revival* indiscriminado como tantas emisoras de radio del país. No existía otra cosa, mientras lo hacían, que el deseo mutuo expresándose de mil formas aún dubitativas, el masaje provocador de los pechos de ella contra el torso de él y, ya puestos a ser tan vulgares como la banda sonora, el restregarse del miembro erecto de él contra la tela vaquera de la minifalda mínima con que ella, bajándosela una vez y otra, cubría o descubría sus muslos y más arriba, una prenda deslizante que lo había enardecido en cuanto ella le hizo una señal descarada para que la abrazara sin rodeos en la pista vacía. Bailando, bailando, sin apenas despegar un cuerpo del otro, magnetizados por la tensión del cambio de calendario o por la electricidad acumulada en el aire durante la tarde, acabaron en su pisito del Village, una ratonera de veinte metros cuadrados donde ella encajaba a duras penas no solo sus necesidades de estudiante de posgrado, sino sus mejores oficios de modelo y de acompañante con clientes selectos a los que conocía por recomendación de otras compañeras de la universidad. Pero eso tampoco importaba ahora, pues

no pensaba cobrarle nada al soldado por sus servicios, todo lo contrario. Por una vez ella se sentía recompensada con creces. Este engréido marine, como ella había intuido en su mirada cavernaria cuando la vio descalzarse para bailar con más libertad, era un experto reactivador de deseos, un profesional especializado en localizar explosivos escondidos por algún poder superior en enclaves secretos de su exuberante anatomía.

Ella lo agradeció, ya que aún se sentía ávida de nuevas experiencias. No le gustó, sin embargo, que tras hacerlo cinco veces seguidas, no todas por las vías más trilladas, sin tiempo para descansar o reponerse, él le volviera la espalda, sin previo aviso, poseído por un llanto repentino. Lágrimas de un soldado, con o sin uniforme, lágrimas de un héroe. «Lágrimas del sol», como afirman en algunas comandancias. Lágrimas lunares, más bien, pues allí echados en la cama junto a la única ventana del estudio divisaban el globo radiante como un anuncio de otro mundo más simple y, sumido en el desvaído halo de luz, un trozo cualquiera de este connotado barrio neoyorquino. Entonces confesó sin violencia que lo que le hacía llorar como una mujer, eso dijo, y a ella, que desde la infancia había desterrado ese recurso emocional de su vida, le dolió el comentario, lo que le hacía llorar, dijo, no era no poder hacerlo con ella una vez más, era evidente que el muchacho estaba preparado y, llegado el caso, sabía tomar las decisiones adecuadas y actuar en consecuencia, con o sin el consentimiento de sus superiores. No, lo que hacía llorar a Denham, tendido en la cama junto a ella al final de aquella excitante noche, se llamaba Will y se llamaba Phil,